

Nos encontramos ante el primer libro que establece de una manera metódica y completa un estudio de la literatura fantástica como género literario. En el primer capítulo el autor establece la dificultad del estudio científico de la literatura en general; estudia en particular la teoría del sabio crítico americano N. Frye a la que desmenuza y critica. Fijados los límites y las inevitables deficiencias de la crítica literaria, Todorov define lo fantástico como *la duda experimentada por un ser que sólo conoce las leyes naturales, ante un acontecimiento en apariencia sobrenatural*. El ser que debe experimentar ineludiblemente esa duda es el lector, aunque muy a menudo participe de ella un personaje. El lector adopta una actitud ante el texto y rechaza tanto una lectura alegórica, como una poética, es decir, no representativa de una realidad material. Estas tres características, duda, ser que duda y apariencia de sobrenatural, se inscriben en la obra desde tres aspectos: *verbal*, referido al punto de vista; *sintáctico*, referido a lo que comúnmente se llama composición y *semántico* referido a los temas. No siempre el lector sale de la duda, pero a menudo lo hace el personaje que sale entonces del campo de lo fantástico y admite o que los hechos entran dentro de las leyes naturales y entra entonces en el género de lo extraño, lo inusitado, o, por el contrario, admite que los acontecimientos son sobrenaturales y se adentra en el género de lo maravilloso. Esto hace de lo fantástico *un género siempre evanescente*. Señala el autor luego los límites entre poesía y literatura fantástica; dice que la poesía es fundamentalmente no representativa y que, en cambio, debe necesariamente serlo, implica por lo tanto la *ficción*, aunque, dice, existan antologías de poesía fantás-

tica. El límite entre lo alegórico y lo fantástico está señalado por el hecho de que lo alegórico admite un sentido segundo que explica el texto, en cambio, por definición, la definición de Todorov al menos, lo fantástico deja de serlo en cuanto puede ser explicado, pues lo que lo caracteriza es el estado de duda.

El capítulo quinto está consagrado al estudio de ciertas técnicas que se imponen a la literatura fantástica: la del narrador representado, por ejemplo, más apto que el omnisciente para mantener el estado de duda, personaje capaz de engañarse y que facilita la identificación lector-narrador. La irreversibilidad de la lectura, obvio en este tipo de temas cuyo fundamento es la duda, lo mismo que en las novelas policiales o en las bromas.

El estudio de los aspectos semánticos o temáticos se inicia con un interesante planteo acerca del estudio de la temática literaria en general. Clasifica luego los temas fantásticos en dos grupos: los temas del *yo* y los del *tú*. Los primeros se refieren esencialmente a la estructuración de la relación sujeto-objeto, en términos freudianos a la relación percepción-conciencia. Se rompen los límites entre el mundo físico y el espiritual y surge una causalidad de tipo fantástico o sobrenatural que se convierte en un pandeterminismo. A la vez se produce una transformación del tiempo, que parece suspenderse, y del espacio, que pierde su estructuración estable. Los temas que se reúnen en este grupo —metamorfosis, multiplicación de la personalidad, etc.— tienen estrecha relación con las experiencias de los psicóticos, los drogados y los infantes de muy corta edad. Los temas del *tú* están relacionados con la sexualidad y muy especialmente con sus formas excesivas. Se los encuentra representados muy a menudo por el diablo y expresados en términos de violencia y crueldad. También la muerte, los cadáveres, el vampirismo, la vida después de la muerte están ligados con él. Si los relacionados con el primer grupo correspondían a una estructura interna peculiar del sujeto, en éstos entran en cuestión las relaciones entre los humanos, la posesión del hombre por lo que puede llamarse sus instintos y se resuelven siempre en acción. Podrían llamarse también *temas del discurso* así como los primeros *temas de la mirada*, por ser el lenguaje, forma por excelencia, el agente estructurador de las relaciones entre el hombre y los otros.

De la semántica deduce Todorov las funciones de lo fantástico. Social: un modo de expresión de ciertos temas tabú que no se osaría expresar de modo realista, sea por una censura institucional o por una interna. Eso explicaría el auge de la literatura fantástica en el siglo XIX, anterior al psicoanálisis. Desde un punto de vista estrictamente literario, lo fantástico tendría una triple función: *pragmática*, mantiene el suspenso; *semántica*, describe un universo fantástico que no tiene existencia fuera del lenguaje y por fin, *sintáctica* por cuanto la intervención de lo sobrenatural produce el desequilibrio necesario para el nacimiento de la acción y por lo tanto del relato. La función de lo fantástico en sí mismo, es decir, la duda entre lo real y lo maravilloso corresponde en el fondo, concluye Todorov, con la literatura que va más allá de la dicotomía real-imaginario. En el siglo XX (Kaf-

ka) nos encontramos ante una generalización de lo fantástico, el mundo del libro y el del lector están incluidos en él, *lo que antes era excepción se hace ahora regla.*

La obra concluye con una bibliografía breve, pero fundamental sobre el tema. Nos encontramos ante una obra fundamental sobre el tema de la literatura fantástica y ante un ejemplo de rigor y claridad en el estudio de los temas literarios. Su autor, discípulo de R. Barthes, pertenece al grupo de jóvenes que dentro de la línea del estructuralismo se propone iniciar la renovación de la crítica francesa.

MARÍA CELIA DARRÉ